

# ANTE EL CADAVER

*Jun 19/65*

El pueblo ama profundamente, más aun que a los que lo halagan, a los que lo comprenden. Y el pueblo sabe que el Mayor General José Miguel Gómez tenía de él un concepto firme, exacto. El pueblo supo siempre que dirigido por el viejo caudillo, en la paz como en la guerra, iba derecho a la consecución de anhelos íntimos, de aspiraciones nacionales. Pudiera errar, como hombre, al fin, el héroe popular, en la táctica o en las rutas elegidas, pero los yerros jamás tuvieron un carácter personal, un matiz de mal éxito propio, porque el "líder" reencarnó siempre, en su pensamiento y en sus acciones, los designios del pueblo. Por eso sus equivocaciones fueron tan pocas y tan leves, por eso sus triunfos y sus glorias formarán muchedumbre en las páginas de la historia. Porque el alma del pueblo está tocada de todas las generosidades y es en sus manifestaciones sinceras de una clara y sencilla ideología. Y pocas veces se observa en las relaciones espirituales de los individuos y las colectividades una más íntima comprensión y armonía que la que siempre existió entre este caudillo que hoy pierde el pueblo y este pueblo que llora la muerte de su caudillo.

Fidelidad incomparable que resistió todas las pruebas: las adversidades de la guerra; los mismos triunfos de las batallas donde tantos héroes vieron nacer, al apuntar la gloria, las primeras insidias de los celos y de las intrigas; las pasiones políticas, los desgastes del poder, los recelos del encubramiento económico, la influencia mantenida a través del tiempo, la propia muerte.

Si como fué el general Gómez un hombre demócrata tuviese la contextura moral de un tirano, sería igualmente admirado por su pueblo; porque con su clara percepción de la naturaleza humana él hubiera sabido hablar también a ese aspecto exclusivista y despótico que anida en el fondo de todas las colectividades; mucho más en las que, como la de nuestra

raza, vibran y obran a impulsos de un temperamento apasionado y susceptible. Pero el ilustre caudillo buscó siempre en su pueblo ese otro matiz generoso y noble que en pugna abierta con las debilidades triunfa siempre en el alma de la hispana.

Escribimos estas líneas cuando los restos del general Gómez llegan a la capital de la República forjada con sus hazañas. Las multitudes se agolpan en el litoral, corren a los muelles para presenciar el desembarque, se agolpan en las calles por donde ha de desfilar el fúnebre cortejo, forma filas enormes, esperando que el cadáver sea expuesto en capilla ardiente. Toda la noche será corta para agotar el desfile de ciudadanos ante el féretro, y sin solución de continuidad, hasta que se organice la comitiva para el traslado al cementerio, ese desfile dirá el dolor de un pueblo agradecido, delirante de emoción y abatimiento.

Y luego, en la tarde, la manifestación final, en su magnitud sin precedentes, será como un compendio de las múltiples y clamorosas que en su larga vida de hombre público y glorioso, supo provocar con su actuación y su ideología, este hombre que mereció por su entereza en la paz y su templanza en la guerra el denominativo popular de "el hombre fuerte".

Esos despojos, yertos y fríos, que el dolor y el respeto y el cariño y el agradecimiento rodean, ya no son nada; ni sostienen una espada, ni encarnan un poder, ni simbolizan una influencia. Y, sin embargo, nada más caro al corazón del pueblo que ese cadáver; ninguna realidad pesa sobre su espíritu como esta negación eterna. En esta hora cargada de dolores, ningún dolor como esta pena irremediable. Y es que, instintivamente, saben los pueblos que el alma de los hombres que los animaron y los comprendieron queda con ellos, para ser su guía a través de todas las rutas ideales, en la conquista de los designios patrióticos. En esas rutas que ellos trazaron y abrieron y que desde el cielo han de alumbrar eternamente.

*Jun 19/65*

